

á su hotel, y llevando consigo su cámara fotográfica, no vaciló en solicitar permiso del general que parecía ser el jefe de la expedición, para impresionar algunas placas. En presencia del jefe, demostró prácticamente cómo la luz de magnesio permitía operar durante la noche, y á este efecto no vaciló en obtener una fotografía del general. Entonces éste dispuso que algunos ordenanzas trasladasen á la playa una mesa, sillas y cuanto hiciese falta al corresponsal. El periodista despreció el frío, y sin fijarse en que sus manos quedaban heladas, puso mano á la obra. Los botes seguían afluyendo con tropas; el vapor que se desprendía de los humedecidos uniformes; el color amarillo de las caras y lo encendido de las manos, á causa del frío, de oficiales y soldados; los cambiantes de la luz de las hogueras reflejándose en los témpanos de hielo; los animados grupos que se formaban junto al fuego; todo infundía un desusado vigor en Mr. Dunn, que sacaba negativas con febril actividad; no faltaban curiosos á su alrededor y la escena resultaba cada vez más interesante, cuando de pronto se oyó la voz «¡los rusos!», y se produjo una confusión indescriptible. Pero el pánico fué infundado: excitada la imaginación de los coreanos de Chemulpo por lo inopinado del desembarco, y asombrados por el brillo de la luz de magnesio, creyeron que acaecía en la playa algo más extraordinario todavía de lo que pasaba, y lo atribuyeron á los rusos.

Temiendo por su máquina, el fotógrafo suspendió su labor y corrió al hotel, donde escondió el aparato y las placas impresionadas, después de hecho lo cual volvió á la playa, donde presenció los preparativos que hacían los japoneses para emprender la marcha á Seoul; antes de retirarse, obtuvo un permiso escrito que le permitiera acompañar á las tropas; el oficial que se lo entregó, avisóle que los japoneses se pondrían en camino á las seis de la mañana.

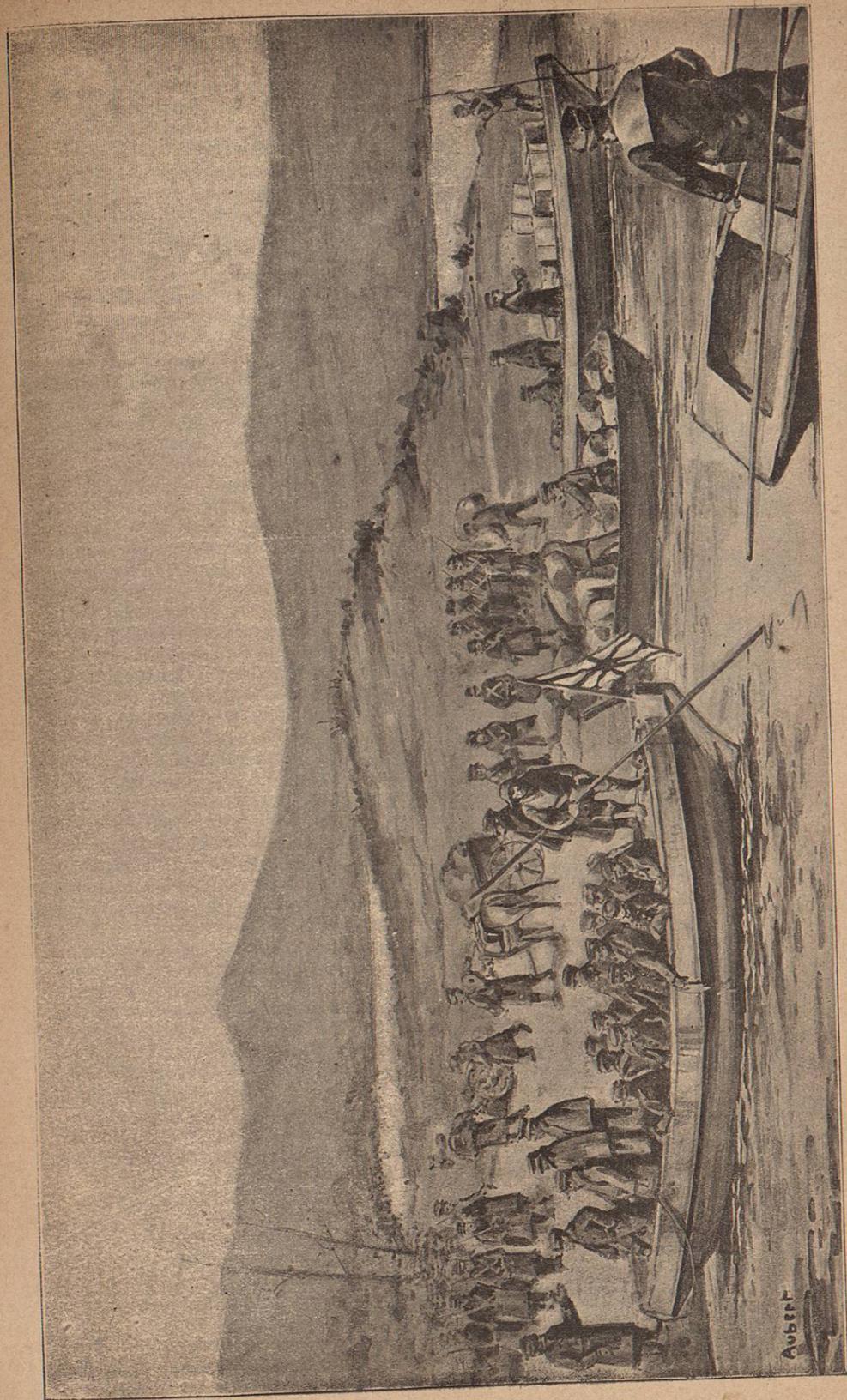
Aunque pocas personas durmieron aquella noche en Chemulpo, el confiado corresponsal, creyendo que contaba con la confianza del general, y que en lo sucesivo tendría expeditas sus funciones, creyó que se había ganado un pequeño descanso, y decidido á economizar fuerzas por lo que pudiera suceder, se durmió con la tranquili-

dad que infunde el deber cumplido. Pero cuando á las cinco de la madrugada del siguiente día salió para reunirse con los japoneses, no los encontró, ni señal siquiera de que hubiesen pasado por allí. Creyéndose víctima de una pesadilla preguntó é interrogó; las tropas se habían puesto en marcha á media noche, y los barcos que las condujeron á Corea habían levado anclas mucho antes de romper el día.

Mr. Dunn, algo desanimado, siguió tras de los japoneses á Seoul. La capital parecía un campamento, y el periodista no dudó ya que la guerra iba á estallar, sino había estallado aun. Los japoneses se extendían por todas partes. Algunos soldados coreanos, medio formados en línea, observaban con indiferencia los preparativos del invasor, sin mostrar el menor deseo de intervenir. Al llegar á las afueras, le detuvo un oficial japonés, que parecía muy excitado, y señalando hacia Chemulpo, de donde llegaba el eco de los cañonazos, exclamó: «Rusia y Japón combaten; oiga usted». En aquel momento estallaba la guerra.

El corresponsal olvidó las fotografías y el almuerzo, y subiendo á un «jinrikisha», gritó al «kurunsaya»: «¡cinco yens si me llevas en diez minutos á la estación!» El coolie no comprendió el lenguaje, pero la vista de la moneda fué más elocuente, y llamando á dos compañeros en su ayuda, tiró del vehículo á la mayor velocidad que le permitían sus piernas. No había trenes en la estación, y Mr. Dunn decidió trasladarse á San do, siete millas más allá, creyendo encontrar allí una locomotora, por lo menos. Contrató siete coolies para que relevaran á los que fueran cansándose en el camino, y partió sin pérdida de tiempo. Cruzó campos, atravesó aldeas, salvó ríos helados y por fin llegó á la estación; pero aunque ofreció mil libras por una máquina que le transportase á Chemulpo, no pudo conseguir sus deseos: los japoneses se habían incautado de todo el material móvil.

A últimos de Febrero, Mr. Dunn se encaminó al N. de Corea, llegando á Ping-yan. No faltaban asuntos interesantes para un hábil artista, y el corresponsal tomó una porción de apuntes y dibujos que iba remitiendo á Seoul por medio de coolies, para que los echasen en el correo. Mas cuando los japoneses impidieron que avanzase más



Desembarco de tropas japonesas en Pi-tse-vo

al N., y regresó á Seul, supo, con el disgusto que es de suponer, que ni una sola de sus correspondencias, ni un dibujo, habían llegado á Seul: los japoneses registraban á todos los coolies que frecuentaban los caminos, y decomisaban cartas y bolsillos, no vacilando en violar la correspondencia, ni en extremar las precauciones para impedir que circularan otras noticias que las refrendadas por el Estado Mayor; y no sólo esto, sino que entonces se enteró Mr. Dunn de que había sido objeto de una incesante y activa vigilancia desde su salida de Seul.

Desesperado al ver frustrados sus esfuer-



General Zilinski, jefe de E. M. en Port-Arthur

zos, el periodista norteamericano, á quien se prohibió alcanzar las líneas avanzadas del ejército de ocupación, hubo de contentarse con recorrer el país entre Seul y Chinnampo; y estando en este punto, recibió la orden de presentarse en Tokio para proporcionarse un pasaporte. En la capital del Japón se le expidieron credenciales para que marchase con la tercera expedición de desembarco; pero al terminar el mes de Abril no había podido salir aun del Japón.

Su estancia en Corea desde antes de empezar la guerra; su actividad y la buena estrella que al principio le acompañara, resultaron infructuosas.

UNA SEMBLANZA

DEL SOLDADO RUSO

Un distinguido escritor que ha permanecido muchos años en Rusia, hace en los si-

guientes términos la semblanza del soldado de aquel país.

«Lo he visto en el cuartel y en el campo, en las maniobras y en el descanso; en el campamento y en la ciudad, y en todas partes me ha producido excelente impresión.

«Su rostro, de mejillas llenas y sonrosadas, é imberbe, denota la salud física, mientras que en sus ojos, de color azul claro, se leen los signos de una perfecta salud moral.

«Posee en el más alto grado, á la vez que la disciplina—fuerza principal de los ejércitos—la sobriedad, cualidad capital, á mi juicio, del buen soldado.

«El reclutamiento en Rusia se efectúa casi todo entre las clases rurales, de modo que son campesinos la mayoría de los soldados. Nada es tan á propósito como la vida del labriego ruso para acostumbrar á la obediencia. En el hogar, el padre reina, no como monarca constitucional, sino como soberano absoluto; es un czar en pequeño, que sabe exigir el respeto y la obediencia.

«No es menos acatada la autoridad del «starosta» en la aldea. Elegido por el sufragio de sus convecinos, gobierna la pequeña república. Nadie puede ausentarse sin su permiso, ni trabajar, ni segar, ni recolectar sin su autorización. La desobediencia lleva como castigo la expulsión inmediata, y la pérdida del derecho á la parcela de terreno comunal que se le había asignado. Si á esto se agrega que el ruso es profundamente religioso, se comprenderá que cuando se incorpora el regimiento tiene arraigado ya el respeto á Dios y á su señor: la misión de sus jefes se contrae á infundirle el culto al emperador y á la bandera, y la llevan á cabo con un celo escrupuloso.

«Nada es tan interesante como observar la cordialidad particular que informa las relaciones entre el soldado y el oficial. Todo el mundo sabe que éste saluda á sus subordinados con un sonoro «Buenos días, hijos míos,» al que aquellos responden á coro: «Deseamos buena salud á vuestra Nobleza». Pero lo que no se puede apreciar sin haberlo presenciado, es la familiaridad paternal de los unos y el afectuoso respeto de los otros.

«Su sobriedad es extraordinaria. Salido de las clases humildes, en las que abundan los hijos, carece de toda noción de las cosas superfluas. Su vida, sencilla y frugal, es la de los campesinos de todos los países. El trabajo al aire libre endurece sus músculos y le dota de sangre copiosa y rica. A esto, reúne una aptitud notable para soportar las temperaturas más extremas.

«Un inglés, sir Wallace, cuyos estudios sobre la Rusia forman autoridad, dice, que, en este concepto, el mujick parece ser el primo hermano del oso blanco, pero con la diferencia de que el fuerte calor no le incomoda; antes al contrario, le agrada mucho.

«No hay aldea que no posea un baño de

CRÓNICA DE LA GUERRA

Operaciones en Kuan-tung. (5 á 15 de Junio).—Los rumores de sucesos sensacionales acaecidos en los alrededores de Port-Arthur, y de que se ha ocupado la prensa en los últimos días, no se han confirmado. Contra lo que se viene sosteniendo, no es probable que los japoneses se decidan á emprender un ataque á viva fuerza, sin antes haber procurado batir los fuertes rusos por medio de potente artillería de sitio. Si con-

vapor, mejor ó peor acondicionado, visitado cada semana por los habitantes. El grado de calor se lleva al limite extremo que el cuerpo humano puede resistir, siendo frecuente que los campesinos, al salir del baño, se entretengan en arrastrarse por la nieve.

«Personas así educadas, tanto en lo físico como en lo moral, soportan valientemente fatigas, privaciones y aun derrotas. Con los pies hundidos en la nieve, saben esperar, aguantando sin quejarse los padeci-



El famoso pintor ruso Veretechagin, fallecido á bordo del «Petropavlovsk»

mientos del hambre, y sin perder nunca la paciencia.

«Un gran general ruso ha dicho: «Se equivocan los que creen que en los campos de batalla solo se lanzan metralla, balas y granadas. ¡No! También se arrojan proyectiles vivos, es decir, balas humanas. Pues bien, alcanza la victoria aquel que sabe fabricar mejor estos proyectiles dotados de alma, fundirlos en masas sólidas, compactas, imprimirles una fuerza irresistible y arrojarlos, como bombas, sobre el adversario».

«No hay, á mi entender, proyectiles humanos con tan raras energías, como aquellos que, en los momentos presentes, llenan la interminable fila de trenes que se dirigen, á lo largo del inmenso transiberiano, hacia la lejána Mandchuria».

siguen debilitar algún punto de la posición rusa, creemos que intentarán el asalto; de lo contrario, suponemos que lo acaecido en Kin chew les habrá servido de experiencia, y no querrán sacrificar en vano muchos millares de hombres. Las operaciones terrestres no se reanudarán activamente, en tanto los japoneses no dispongan de un poderoso tren de batir y hayan acordonado la plaza por completo. Los pequeños combates de avanzadas á que da lugar la operación del cerco, habrán sin duda dado origen á las noticias circuladas en estos días.

Dada la manera de proceder de los invasores en la presente guerra, no se puede juzgar el desarrollo del sitio de Port-Arthur. Metódicamente, sin prisas, hasta con lentitud si se quiere, los generales del Mikado preparan las operaciones, cuya ejecución realizan después con toda energía y

de un solo golpe; de modo que debemos esperar, para un plazo más ó menos breve, sucesos de gran resonancia.

Los barcos japoneses han cañoneado de nuevo á las baterías de Port-Arthur, ignorándose si con la intención de preparar un nuevo esfuerzo para obstruir la boca del puerto; que el paso está libre lo comprueba la salida del vapor noruego *Sentis*, que estaba fondeado en la bahía desde antes de la guerra. Según los despachos oficiales de los beligerantes, un cañonero ruso y otro japonés se han ido á pique en aguas de Port-Arthur.

Conviene recordar que en este puerto Rusia tiene todavía los siguientes barcos intactos: 3 acorazados: *Peresviet*, *Poltava* y *Sebastopol*; 3 cruceros acorazados: *Bayan*, *Askold* y *Diana*; 3 cruceros de segunda clase: *Novik*, *Rasboinik* y *Haidamak*; 2 cruceros de tercera clase; 3 cañoneros; 18 cazatorpederos y 14 torpederos. Es posible que la flota rusa sea más numerosa, puesto que acaso las reparaciones de algunos de los barcos averiados estén ya terminadas.

Operaciones en la Mandchuria (7 al 15 de Junio).—Los japoneses han iniciado un movimiento de avance: en los días 6 y 7, una brigada de infantería, cinco escuadrones de caballería y dos baterías de montaña, atacaron Siu-yeng, defendida por algunos escuadrones de cosacos; amenazados éstos por un destacamento de tropas que, procedentes de Ta-ku, habían remontado el Ta-yang, abandonaron Siu-yen, retirándose á los pasos montañosos que hay más al O.

Otra brigada de infantería con tres escuadrones de caballería y dos baterías de montaña, avanzó sobre Sai ma tsé, al N. de Fen-hueng-cheng, de donde arrojó á un reducido cuerpo de tropas rusas, después de un empeñado combate.

En conjunto, parece que el primer ejército japonés ha comenzado su ofensiva hacia el N. O., sin revelar por el pronto cual es su verdadero propósito, pues si la marcha hacia Siu-yen hace creer que el objetivo del general Kuroki es operar contra Kai-ping y Hai-cheng, los progresos realizados más al N. dan á entender que se propone envolver el grueso de las fuerzas rusas, obligándolas á replegarse á Mukden.

Creemos, no obstante, que, por ahora, no abriga el general Kuroki esas intenciones. Las tropas que á últimos de Mayo habían avanzado desde Ta-ku-shan á lo largo del Tayang, han retrocedido en su mayor parte, tal vez en previsión de que su presencia sea necesaria en otro punto del teatro de la

guerra, á donde los barcos transportes las trasladarían en poco tiempo; y si se relaciona este hecho con el movimiento, que parece comprobado, de los rusos hacia la península de Liao-tung, parece natural atribuir las maniobras de los invasores en los últimos días, al deseo de tomar posiciones que les permitan caer de flanco sobre el ejército ruso, si éste se dirige en socorro de Port-Arthur.

En la península del Liao la situación continúa estacionaria; los japoneses se mantienen en la línea Pu-lian-tien-Wanchia-tun; la 1.^a división siberiana, reforzada con el regimiento número 35, cinco compañías de infantería, un regimiento de cosacos y tres baterías, ha salido de Kai-ping hacia el S., á lo largo de la vía férrea. Debemos suponer que se trata sólo de una diversión, porque si en realidad estas tropas se propusieran la liberación de Port-Arthur, correrían á un desastre.

En resumen, no se presentan claras las cosas en la Mandchuria. Si para los japoneses tiene una importancia capital la conquista de Port-Arthur, conviene á los rusos dejar abandonada esta plaza á sus propias fuerzas; de lo contrario, los amarillos tendrían á su alcance el más importante objetivo de la guerra, que es destruir el grueso de las fuerzas enemigas.

Pero si el general Kuropatkin persiste en la defensiva y se limita como hasta aquí á mantenerse en contacto con los japoneses, retirándose lentamente y rehuyendo toda batalla hasta contar con elementos suficientes para empeñarla, no podremos menos de censurar la inacción del general Kuroki, que lleva más de un mes en Feng-hueng-cheng, permitiendo que los rusos se vayan concentrando y adopten las disposiciones que conceptuen mejores.

A nuestro juicio, la diplomacia se muestra más activa que el ejército en el presente conflicto, y las operaciones de las tropas se ven parcialmente supeditadas á los trabajos de aquélla. La caída de Port-Arthur señalará el momento crítico y dará á conocer si se esconde algún misterio en el fondo de todo lo que acontece.

En Corea no ha habido cambios sensibles, conservando rusos y japoneses sus respectivas posiciones.

En la *Crónica* siguiente nos ocuparemos de los combates de Wa-fang-hu.

JUAN AVILÉS
Comandante de Ingenieros.

17 Junio, 1904.

Imp. CASTILLO.

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Las últimas operaciones, por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—El ataque á viva fuerza contra Port-Arthur, por el Capitán Subrio Escápula.—Resultados tácticos de la batalla del Yalú.—El torpedo y el submarino, por J. B. y L.—Proyectiles vivientes.—Crónica de la guerra y Consideraciones acerca del primer período de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Un convoy japonés en marcha hacia Feng-hueng-cheng

LAS ÚLTIMAS OPERACIONES

Creíamos firmemente que el general Kuropatkin, cuyos méritos no hemos jamás regateado, sabría conjurar las dificultades y peligros de la situación estratégica en que se encuentra colocado, demostrando por primera vez, ya que no el genio de un cau-

dillo insigne, por lo menos algún rasgo de la inspiración y audacia que está obligado á poseer el general en jefe de cualquier ejército en operaciones.

Abierta la Mandchuria del Sur y el territorio de Liao-tung á la invasión de los japoneses, después de haber sacrificado en Yalú el cuerpo de ejército del infortunado gene-